

Ringuelet, Roberto; Rey, María Inés

Visiones de la agricultura familiar en los programas de intervención

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

*Ringuelet, R.; Rey, M. (2014). Visiones de la agricultura familiar en los programas de intervención. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4583/ev.4583.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Visiones de la agricultura familiar en los programas de intervención

Roberto Ringuelet y María Inés Rey

Universidad Nacional de La Plata

rringuelet@ciudad.com.ar

INTRODUCCION

En el año internacional de la agricultura familiar se han incrementado los eventos, los programas y, en general, las referencias a la “agricultura familiar”. Esta atención forma parte de una nueva perspectiva desde las instituciones de intervención que, por otra parte, constituye un abanico de interpretaciones y supuestos. Este constituye la primera etapa de un estudio en el marco del Programa de investigación y desarrollo bajo la dirección de Roberto Ringuelet: “Estudio de situaciones problemáticas en las interfaces de los procesos de extensión rural” (Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales y Facultad de Psicología, UNLP). Partimos de un corpus de datos derivados de documentos, eventos sobre agricultura familiar y experiencias diversas de campo que serán convenientemente indicadas en el transcurso del texto. Nos interesa básicamente identificar los agentes institucionales, considerando los campos conceptuales asociados y, más específicamente, el grado y tipo de la incorporación de una visión social de la agricultura familiar (Ringuelet y Rey 2012, Ringuelet 2010a).

En el marco de un proyecto anterior habíamos delineado el contexto social amplio de la problemática en términos de las “situaciones problemáticas en las interfaces de los procesos de extensión rural” (Ringuelet y Rey, 2010a y 2010b, 2013).

CORPUS DE DATOS Y ACLARACIONES METODOLÓGICAS

Nuestra base interpretativa general tiene un sesgo antropológico que aparece en la adopción de una visión totalizadora de las situaciones considerando las relaciones de interculturalidad y, ampliamente, teniendo en cuenta la diversidad de actores y situaciones. Esto nos resulta particularmente conveniente al abarcar problemáticas sociales complejas; también aparece en la práctica de campo por el sentido metodológico etnográfico (como “implicación reflexiva”). Nos ubicamos en ámbitos localizados de interacción de microescala y su conexión-inclusión con fenómenos diversos de macroescala. La idea general de interfaz social nos lleva a entender tipos y fuentes de discontinuidad social / técnica, en las cuales podemos observar

mejor cómo las interacciones entre las líneas institucionales y los actores locales conforman resultados particulares de las políticas de intervención. La idea de interfaz, tal como la entendemos, comprende aquella de conflicto y sus diversas formas de resolución y formación y la consideración de contradicciones y disputas teóricas. La idea es ver los procesos de intervención como socialmente contruidos, con márgenes de negociación, como realidades múltiples. *Interfaz* como “punto crítico de intersección entre mundos de vida, campos sociales o niveles de organización social, en donde es más probable localizar *discontinuidades sociales* basadas en discrepancias de valores, intereses, conocimiento y poder” (Long 2007: 445). La cita de Long parte de un marco más bien “interaccionista”, que no es nuestra orientación que tiene más que ver con las dinámicas de estructura y las acciones colectivas (Ringuelet 2010b; Ringuelet y Rey 2010a).

Las conclusiones preliminares que fuimos delineando, se basan en muy diversas experiencias con profesionales de la extensión y focalmente en apreciaciones de algunos foros sobre agricultura familiar (Jornadas de Agricultura Familiar, Facultad de Cs. Veterinarias de la U.NL.P. 2011, 2012, 2013, 2014; Foro de Universidades Nacionales para la Agricultura Familiar, Rio Cuarto 2014), encuestas a profesionales de la FCAyF, UNLP (Ringuelet y Rey 2010b), experiencias en el sistema de enseñanza de grado de la FCAyF, UNLP y post grado (Maestría Procesos Locales de Innovación y Desarrollo Rural UNLP, UNMP, UNBB).

CONTEXTO SOCIOHISTÓRICO DE POLÍTICAS Y ENFOQUES AGRARIOS

Presentamos aquí una síntesis introductoria referida a los campos conceptuales de los enfoques agrarios, que circunscriben visiones de la agricultura familiar. El encuadre sociohistórico para desarrollar nuestro estudio es el período a partir de la recuperación democrática en nuestro país luego del Proceso Militar.

Contradictoriamente, en un marco signado por una transferencia tradicional de tipo modernizador, se van ampliando otros enfoques bajo el amparo de la apertura social general que, paulatina pero consistentemente, se hace presente en Universidades e institutos como el INTA. Son teorías y políticas ya existentes a nivel mundial en general y algunas preexistentes en la tradición agraria nacional. Tal, por ejemplo, el enfoque que resaltaba las virtudes del *chacarero*, que adquiere relevancia en los primeros gobiernos de Perón y, luego de su derrota, conservó una presencia más discreta bajo la sombra de la gran agricultura de exportación. Con Alfonsín y las reivindicaciones democráticas generales reverdece aquel anterior

“agrarismo” (como visión orientada hacia los sectores sociales agrarios populares) que tendrá en adelante diversas vertientes. En lo que hace a los pequeños productores agrarios cuyo portavoz histórico (especialmente pampeano) era Federación Agraria, muy pronto en los 90 sufriría los embates de la política menemista perdiendo mucho de su sustento económico (Ringuelet 2010). A la vez, los chacareros mostrarían su voz más fuerte, aunque desde los márgenes, a través del Movimiento de Mujeres en Lucha (Ringuelet y Valerio 2009). Asimismo, se da una situación paradójica en el período menemista cuando, desde las grandes instituciones de intervención agraria hubo un apoyo de organismos internacionales multilaterales de desarrollo que promovían una política de globalización económica y, a la vez, programas sociales que compensaban en algo sus efectos. Es el momento en el cual el INTA amplía la orientación hacia “audiencias” heterogéneas. Por un lado, políticas transferencistas tradicionales y, por el otro, programas para pequeños productores, pero claramente diferenciados. El Programa Cambio Rural focaliza productores capitalizados, el Programa Minifundio a productores minifundistas, y Prohuerta orientado al fomento de la agricultura urbana institucional. Los Programas dependientes directamente de la Secretaría de Agricultura como el Programa Social Agropecuario, nacieron o se fortalecieron en el período. Luego de la crisis del 2001, en la última década, se profundiza un enfoque territorial más amplio con la aspiración de lograr una contextualización regional a los programas que, de hecho, funcionaban de forma autónoma.

En las Universidades, se desarrollan también grandes cambios. Tomamos como referencia la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la UNLP, que fue expresión sensible de los cambios históricos en las orientaciones del desarrollo. Junto a la UBA fueron las únicas proveedoras durante varias décadas, desde inicios del siglo, de cuadros técnicos para la agricultura en expansión y continuó cumpliendo un importante papel en este sentido. Y esto implicó no sólo una preparación técnica sino una orientación teórica - política.

Decíamos que, asociada a la Democracia se amplía una visión popular, podríamos decir *agrarista*, que va buscando su lugar en el marco de la hegemonía de los agronegocios. También aparecen o se revitalizan en Argentina otra serie de enfoques que, si bien cada uno tiene diversas versiones, historias y alcances, se van articulando.

Otra idea general que irrumpe es la de *sustentabilidad* contrapuesta a las versiones económicas “tecnicistas”. Las visiones más amplias de la sustentabilidad, no solo plantean el equilibrio de la modernización y la preservación de los recursos, sino introducen un tercer

componente que es la equidad. De todas maneras, es tal la generalización del concepto que debe interpretarse en función de contexto social de su expresión.

Reaparecen en la época asimismo rasgos de los *enfoques desarrollistas* y sus *ideas sistémicas* y de *economía planificada*.

Como argumentábamos anteriormente (Ringuelet y Rey 2010b, 2014), la FCAYF de La Plata, estuvo articulada a los cambios de teorías y políticas nacionales al incorporar el enfoque de “sistemas agrarios” (vs el enfoque neoclásico agrario), la idea de sustentabilidad y de la “agroecología” (como visión alternativa a la agricultura convencional), la idea de investigación-acción participativa con intervenciones orientadas a pequeños productores del medio (Hang 2008). Las nuevas ideas del período se van postulando en los organismos públicos como un nuevo discurso hegemónico, si bien éste convive con la orientación tradicional. Creemos que la situación de la Facultad de la UNLP, que tomamos como referente, es bastante común también a la existente en otros centros de estudio del país, como para permitir una amplia discusión de las problemáticas aquí planteadas a partir de algunos ejes básicos comparativos (Manzanal 2005).

Parcialmente, se fue abriendo paso en la labor extensionista rural una transformación en las competencias para la formación de profesionales que pasaron del foco puesto en la técnica a la acción en un ámbito rural más difuso: de una ingeniería de productos a una ingeniería de procesos y organizaciones, a través de una formación obtenida básicamente en el postgrado. Las ingerencias se ampliaron al territorio y se fueron acercando a un perfil de “agentes de desarrollo rural” (Bustos Cara y Alvadalejo 2006). Entendemos que este perfil constituye actualmente un proceso cuyos resultados son muy diversos y desiguales. En general, los programas hacen hincapié en “gestiones participativas” como un diseño metodológico necesario. De todos modos, creemos que, más allá de las formas procedimentales, lo que define en última instancia y conforma el alcance de un programa es su enmarque teórico político.

Retomando la base desarrollada con anterioridad en “Situaciones problemáticas en las interfaces de los procesos de extensión rural” (Ringuelet y Rey 2013) decíamos que, en el período considerado, en el transcurso de la implementación de proyectos nacionales de desarrollo rural, se fueron corrigiendo los desfazajes agencia/territorio como parte de las actividades normales de programación. Pero, se expresaron más veladamente que explícitamente una serie de interfaces (de conceptualización y gestión) surgidas entre escalones de la cadena de mandos institucionales y entre el Programa y el Medio. Es en la

última década (pasada la época de ajuste menemista y la crisis social del 2001) que se ahondan algunas correcciones y cambios en las políticas de extensión, iniciadas desde las mismas instituciones. En el área de extensión del INTA, por ejemplo, comenzó una planificación más amplia de alcance territorial que contempló la necesidad de focalizar el establecimiento en el territorio y tomar en consideración a un conjunto más amplio de agentes regionales (INTA 2007). Se reconocieron dificultades de implementación dada la magnitud del cambio de perspectiva (Thornton y Cimadevilla, 2003).

En la nueva perspectiva del desarrollo, se profundizó el seguimiento de los programas en cuanto al cumplimiento de metas y procedimientos, pero sólo parcialmente respecto del alcance, del impacto y el estudio de las demandas regionales. Una cuestión de base fue la autonomía relativa de cada programa, que genera una interfaz entre cada uno de ellos y con las áreas administrativas generales.

Los productores familiares, como meta importante de los programas de desarrollo rural, por definición siempre encajaron parcialmente dada que la visión de los mismos era atomizada y productivista, quedando marginalmente consideradas una serie de características típicas de este tipo de productores o al menos de una parte significativa de ellos. Nos referimos a la multiinserción de las economías familiares, a la inclusión parcial de sus economías en tanto formas de inclusión indirecta o parcial en la economía general capitalista y a la integración de los productores en esferas institucionales y territoriales mayores (las economías familiares como “hechos sociales totales” e incluidas en comunidades).

Decíamos anteriormente que “los técnicos de campo han sido (y son) los fusibles de la cadena de desarrollo, sensibles a los cambios y a las diversas formas de interacción con los destinatarios de las políticas. A la vez que, condicionados por los límites de los programas, ven la necesidad de flexibilizar la comunicación y, aún, las formas y objetivos programados “desde arriba”. En el transcurso de la implementación de los programas, se fueron presentando variablemente una serie simultánea de dilemas a los que los técnicos de terreno se fueron enfrentando y resolviendo en cierta medida por sus propios medios y con conexiones de nivel local, con una oferta y posibilidades de capacitación que se fue creando sobre la marcha. Los programas se plantearon, o por defecto no prohibieron, las interacciones con otros agentes de otros programas o externos, públicos o privados, lo que es coherente con el hecho que en su gran mayoría las articulaciones territoriales se resolvieron a nivel local” (Ringuelet y Rey 2013).

Una forma de interaz generalizada tanto en la programación cuanto en la práctica de campo han sido (y son) los desfazajes culturales en diverso grado y tipo. La visión de los destinatarios de las políticas como sujetos culturales diferentes en una visión más comprensiva, ha sido parcialmente considerada y su inclusión en la capacitación de los técnicos es aún fragmentada. Se trata de interfaces interconectadas dado que, la interfaz cultural, se integra con la necesidad de una visión territorial más amplia.

ENFOQUES, POLÍTICAS Y CONSTRUCCIÓN DE CATEGORÍAS

En la América Latina de la segunda posguerra, luego de mediados del siglo XX, las políticas públicas orientadas a la promoción del pequeño agricultor (genéricamente aquel con poco control sobre sus condiciones de producción), centro de las políticas de desarrollo agrario, focalizaron la figura del “productor familiar capitalizado”. Si bien esto tuvo que ver con algunas reformas agrarias liberales, fue principalmente la ocasión de las políticas agrarias de tipo “desarrollista” (Flores 1990). En Argentina esta etapa corresponde a los primeros gobiernos peronistas. Esta visión crítica del enfoque neoclásico partió de dos ideas nucleares: la articulación desigual de los intercambios económicos mundiales (*desarrollo – subdesarrollo*) y la necesidad de generar políticas de desarrollo nacional en pos de corregir el modelo de “países duales”, señalando algunas líneas de cambio agrario. Este desarrollo agrario se expresó claramente en los países de gran base campesina (en gobiernos “reformistas” con políticas nacionalistas) en donde un impulso al desarrollo rural urbano llevaría a un sector substancial de campesinos a buscar nuevas ocupaciones urbano industriales y quedaría en el campo una cúpula capaz de adecuarse a la modernización. Desde organismos internacionales y académicos se pugnó, bajo estas ideas, a romper la dupla minifundio – latifundio, característico del campo latinoamericano (Astori 1984).

En Argentina, cuya situación histórica ha sido casi el molde opuesto al de las “naciones campesinas”, aquel productor pequeño capitalizado aparece creado por el mismo avance capitalista y teniendo en pocas décadas un crecimiento constante (la “saga del chacarero”), ocupando un lugar de privilegio (comparando con otros países latinoamericanos). La caracterización de productor familiar capitalizado, encontró en Argentina una adecuación natural en un país en donde las pequeñas explotaciones más reducidas con rasgos campesinos¹

¹ Nos referimos a aquellos que ejercen un pequeño control sobre sus condiciones de producción con un trabajo centrado en la familia. Pero que mantienen un circuito productivo interno significativo y una integración – identidad comunitaria.

(Archenti, Ringuelet y Salva 1999), ya desde fines del siglo XIX, se restringieron a zonas localizadas, marginales a la región agrícola dominante y fueron, por otra parte invisibilizadas (Borón y Pegoraro 1986). Sin embargo, entre aquel productor capitalizado o en proceso de capitalización y los productores mas tradicionales cuyo modelo es el campesinado indígena o con “rasgo indígenas”, debemos considerar una masa de explotaciones familiares tipo “minifundios” que no serían propiamente ni lo uno ni lo otro. Ya entrado el siglo XXI, la situación agraria en Argentina y, desde ya, con sus propias historias la de otros países latinoamericanos, es otra. Es verdad que muchos países de América Latina herederos de mundos de haciendas y plantaciones, conservaron una base fuerte de pequeños agricultores, muchos de tipo campesino tradicional, pero la “cuestión agraria” se fue transformando ante los procesos de diferenciación experimentados por las explotaciones y el avance de la agricultura empresarial. En Argentina, en el transcurso del siglo XX, más allá de las zonas típicas de pequeños productores en asentamientos históricos en territorios “marginales”, hubo regiones dinámicas en donde se fueron creando zonas de nuevos pequeños productores como en el Nordeste. Actualmente, el conjunto de pequeños productores (más allá de su caracterización) son, en todo el país, la categoría más numerosa (aunque posea la menor cantidad de tierra). Aún en la Región Pampeana su representación es significativa.

Habíamos dicho que, actualmente, en América Latina, se configura una situación agraria diferente a la de cincuenta años atrás. Mezcla de haberse completado un período de reformas agrarias de diverso tipo en cuanto a la confrontación política, del avance de la migración campo ciudad, de la modernización agraria. Sin querer sintetizar con estos comentarios la enorme complejidad del período y de cada país (Flores 1990; Huizer 1989). En Argentina, la etapa menemista puso en riesgo de remate a una enorme cantidad de campos chacareros. Estos fueron solucionando sus penurias reconfigurando sus actividades adaptativamente o por el éxito de sus protestas, cuyo resultado final nos mostró los grandes cambios en la caracterización de los productores familiares capitalizados. Un sector significativo pasó a ser más típicamente capitalista (Ringuelet 2010c).

La masa diversa de pequeños productores de tipo minifundista, a pesar de ser numerosos, históricamente ha tenido presencia política en determinados períodos y en determinadas regiones. Destacamos las protestas de los arrendatarios - aparceros pampeanos que derivó en la original formación de Federación Agraria en las primeras décadas del siglo XX. Se consolidó y fue transformando su perfil hacia una asociación de propietarios con múltiples actividades asociadas, tal como cooperativas. Generalizando, podemos mencionar después algunos movimientos de protestas y formación de entidades nuevas que representaron a productores

del Nordeste en los años 60 y 70; el más significativo y diverso fue la formación de las Ligas Agrarias y otras asociaciones similares, que fueron derivación de la dinámica expansión histórica de cultivos en tierras fiscales o de ocupación tradicional, en zonas de baja rentabilidad capitalista. Movimientos reprimidos con la llegada del Proceso Militar. Con estas aclaraciones, en general el conjunto de pequeños agricultores que encontramos en la etapa de recuperación democrática, se adaptaron a los vaivenes económicos mediante los variados mecanismos de subsistencia en la actividad o abandonando la misma. Con mecanismo nos referimos a la multiinserción, restricciones al consumo, parcialmente a ayudas comunitarias o, más restringidamente, apoyos públicos. El panorama que se fue conformando hace un par de décadas a nivel nacional fue el de un creciente asociativismo local de estos productores diversos minifundistas. Con mayor o menos formalización y algunos con claro sesgo político gremial y llegando a conformar diversas instancias de mayor nivel, como el Movimiento Nacional Campesino Indígena, la Mesa Nacional de Organizaciones de Productores Familiares. Variablemente las asociaciones adoptan la denominación de “pequeños productores” o “productores familiares” o, en menor número de “campesinos” o “movimientos campesinos”. Habitualmente, la autodenominación de “campesino” está directamente ligada a un sentido de reivindicación y lucha. Y un creciente y diverso avance de políticas públicas de apoyo, en lo general de acción autónoma y superpuesta, pero con frecuentes eventos intersectoriales (Carballo, 2007, INTA 2005; Schiavoni 2010). Con muy diversas interacciones entre asociaciones de productores e instituciones públicas (FONAF 2006, Ringuelet comp. 2012). Las políticas propuestas, si bien no diferencian entre tipos de agricultores familiares o, más bien, los unifican en las políticas, estas no se focalizan en las PYMES ni en las comunidades tradicionales (típicamente de raíz indígena), aunque no las excluyen. Las políticas propuestas son generalizadas, unificadoras y abiertas, tienden hacia el fortalecimiento de lazos horizontales en el marco de una economía social. El caso es que los productores familiares encuadrados como PYMES tienen una conexión más vertical en el contexto capitalista y los productores comunitarios tradicionales aspiran frecuentemente a reivindicaciones especiales (ver p.e. Pcia. De Rio Negro 2014). Este concepto está operacionalizado entonces en referencia a productores que venimos denominando minifundistas, y no propiamente (como en otras etapas) con una capitalización suficiente como para integrarse fácilmente a la economía nacional y cuya constitución es más francamente capitalista. Si bien en los encuentros y foros de referencia, la convocatoria es general y la diversidad de los pequeños productores es muy grande, insertándose

diversamente en las situaciones sociales. Un avance próximo de trabajo será el análisis de la complejidad de los foros de referencia que hemos mencionado como corpus de datos.

Ante todo, la situación tiene que ver con una característica mundial (en este año de la agricultura familiar) que desplaza el foco puesto en la marginalidad al foco en la adaptación económica (y ampliamente social) en los moldes reales del capitalismo mediante mecanismos correctores, con apoyo del Estado. Viendo la posible contribución de los agricultores familiares a la producción, a la generación de empleo y a la dinamización de las economías locales – regionales (Schiavini 2010). Desde los discursos de muchas instituciones públicas (especialmente las académicas), se resaltan las posibles virtudes asociadas a la producción de molde agroecológico y a la “soberanía alimentaria”.

NUCLEOS DE INTERFACE

En este capítulo queremos recuperar, en una observación preliminar, el objetivo de la ponencia en pos de dar cuenta del título: Visiones de la agricultura familiar en los programas de intervención. Identificando una serie de interfaces referidas a la contradictoria incorporación – gestión de una visión social de la agricultura familiar que recogemos (en el contexto de las doctrinas y programas generales) en la experiencia de campo del relato de experiencias en diversas situaciones. Entendiendo que estos procesos de gestión de políticas constituyen “historicidades” altamente dinámicas, de cambios en pleno transcurso, de interacciones de múltiples actores, en donde muchos extensionistas consideran su propia gestión no como una experiencia acabada sino como una búsqueda.

La relación con “el Otro”

Estos núcleos están interconectados, superpuestos. Los distinguimos más por razones analíticas. La relación con “el Otro” es una dimensión amplia que da paso a las demás.

A propósito del análisis, esquematizamos una oposición entre dos sectores de extensionistas presentes en los foros y en la educación y extensión universitaria o, más bien, enfoques que pueden complejamente convivir en un mismo actor como visiones en contradicción en un proceso de cambio: En un extremo, el sector más tradicional que da continuidad al enfoque transferencista, que asimilan desarrollo a un crecimiento modernizador dicotómico. En el otro extremo, un sector menos tradicional que busca una renovación conceptual, metodológica, de técnicas y objetivos, críticamente se interrogan por el tipo de extensión, para qué y para quién. Entre los extremos, reconocemos matices y diversidades entre ambas concepciones. Por el

carácter de los foros los aspectos transferencistas son menos visibles en esas situaciones de observación. El caso es que asumir un cambio de perspectiva, pasando de una orientación transferencista a otra conceptualmente mucho más abierta y más compleja, constituye frecuentemente un tránsito con ideas más o menos difusas del (nuevo) territorio conceptualizado y de los propios posicionamientos políticos, que es lo observado en la encuesta citada realizada a profesionales de la FCAyF, UNLP (Ringuelet y Rey 2010b). Allí veíamos que la respuesta mayoritaria (aprox. 60%) correspondió a una enumeración de elementos en crecimiento y a una cierta idea sistémica de equilibrio que los relaciona. Se mencionaron por ejemplo el “crecimiento económico” o el “crecimiento de la producción” por un lado, junto a la “evolución de los sectores rurales” o “el desarrollo de los productores”, incorporando un sentido territorial mencionando a la población rural en general. Luego, hubo dos tipos de respuestas minoritarias polarizadas que se focalizaron sea en la transferencia tecnológica o sea en la idea de “bienestar de la población”.

El enfoque transferencista agronómico, en rigor, fue parte de un avance de las ciencias y, a su vez, derivado de un avance inusitado de la concentración capitalista colonialista y de la modernización tecnológica en todos los rubros. No olvidemos que el mundo recién en el período de la segunda posguerra de los años de 1960 fue paulatinamente abandonando el modelo colonial, en términos del cual se justificaba una visión racista y servil por parte de los imperios dominantes, sustentando un enfoque que dividía tajantemente los Unos civilizados y los Otros primitivos comportando una posición desigual y culturalmente inferior. Idea que las naciones modernas volvieron hacia su propio interior rural. Es así que, en la Inglaterra del siglo XIX, inventaron el término “folklore” para el estudio del “saber popular” de sus propios aldeanos y lo mismo ocurría en Argentina hasta bien entrado el siglo XX (Ratier y Ringuelet 1999). Es entendible, juntando subordinación política con dominio económico, que los nuevos saberes tecnológicos científicos occidentales se erigieran como los únicos y verdaderos versus los falsos saberes populares de tipo campesino. Aquél enfoque epistemológico comportaba solamente dos términos: el saber científico del profesional y el saber popular del “nativo”. En el transcurso de las autocríticas metodológicas se fue conformando un esquema de conocimiento de cuatro factores en donde al saber científico del profesional y al saber popular del nativo debemos sumar el propio saber erudito del nativo y el propio saber popular del científico.

Derivado de este proceso crítico, se pudo desarrollar una relación más horizontal con el Otro. Se pasa a una relación entre Otros como una perspectiva horizontal entre iguales. Aparece

entonces la “perspectiva del actor” que constituye un avance en la superación del modelo transferencista, entendiendo que es un primer paso en la superación de la antigua relación es darle voz (participación) a ese Otro. Pero, esta relación sencilla, como fórmula, entrañó en el proceso histórico de todas las disciplinas (y entraña en parte actualmente) hondas dificultades, pues la voluntad de equidad se enfrenta de hecho a la persistencia de las relaciones estructurales de desigualdad (que involucra, generalmente, de manera desigual a profesionales y productores), del mismo modo que reconocer una diferencia cultural no la borra ni, en principio, este sentido buscado de equidad las debiera borrar si damos un lugar más pleno al Otro.

Podríamos ver estas nuevas reformulaciones de las políticas como un paso transitorio que comporta un acercamiento más que una relación plena dado que, de tal modo, nos permite reconocer las limitaciones y lo que falta del camino.

Lo que aparece en los foros es el cuidado programático de horizontalizar las posiciones en el sentido de dar espacios de expresión en términos de diferencias funcionales: El Otro es el que hace otra cosa, el que ocupa otra posición: Técnicos, productores, etc.

Más allá, si bien se reconoce la existencia de universos simbólicos diferentes, se trata habitualmente de un reconocimiento nominal que no interfiere en los foros en la medida en que se diluye en la aceptación de las reglas del juego. Tratándose de una etapa de implementación de políticas (más allá de las formulaciones), las configuraciones culturales (ese contraste entre visiones diferenciales del mundo) si no se las tienen en cuenta, interferirán en el diálogo, lo que se ve frecuentemente en las experiencias de campo de los extensionistas y en los resultados de las evaluaciones de los programas. El problema de estándares alternativos de racionalidad y de la relatividad de los valores, se presenta con toda intensidad en el campo de las relaciones interculturales en el que investigador y extensionista deben reconstruir desde el marco conceptual-valorativo en el que sus instituciones los ubican y sus propias categorías cognitivas, un contexto histórico y cultural que les es en algún grado extraño.

En general, el profesional muestra con frecuencia un conocimiento parcialmente “folclorizado” del Otro². La folclorización en un sentido diediochezco, tiene que ver con resabios de la vieja visión a-histórica de las culturas como reductos ancestrales esenciales. Es conveniente insistir sobre esto. La tradición entonces aparece como núcleo congelado que remite a un pasado conservado intangible. Pero, las relaciones sociales, aún las más

² Un aspecto de los encuentros relacionado con esto, construido por diversos participantes organizadores de los Foros (tanto profesionales cuanto productores) es la inclusión de algún rito de la Pachamama, que aparece como un símbolo identificadorio de integración.

persistentes de tipo étnico (Ringuelet 1991) experimentan cambios, “resignificaciones”, que son precisamente aquellos procesos que permiten una continuidad en contextos de cambios. Por ejemplo, en el transcurso de las migraciones a nuestro país, los agricultores bolivianos pertenecientes a comunidades agrícolas locales fueron construyendo nuevas identidades que tendieron a ser más amplias. Como decíamos en otro texto, para entender los procesos de identificación de los migrantes al interior de la sociedad global, “entendemos que la identidad cultural es una cuestión de “volverse” (o “estar siendo”), tanto como de “ser”. Pertenecer al futuro, tanto como al pasado...” (Archenti, Attademo, Ringuelet y Sabarots 1995, pag. 11)

Tendencia homogeneizadora:

Ésta también constituye una idea núcleo muy general. Hemos visto anteriormente que la nueva perspectiva de la agricultura familiar se hace como convocatoria abierta y accesible, lo que se expresa en los foros estudiados. En el contexto social del capitalismo histórico y de las actuales relaciones sociales concretas, las realidades de la agricultura familiar (como los mismos documentos de las leyes y programas lo muestran) es heterogénea. Esto constituye una tensión que aparece en todas las situaciones de observación y que, si bien se tiene en cuenta conceptualmente, su dilución exagerada puede trabar el avance de los diagnósticos e intervenciones. Lo necesario para un avance, para una implementación de las políticas sería un reconocimiento claro de las diferencias. Los distintos posicionamientos económicos locales diferencian pequeños agricultores de diverso tipo y región y, más allá el posicionamiento en relación a las fuerzas económicas generales, diferencia a las grandes categorías de agricultores (por mencionar una diferenciación común: minifundistas consolidados, pequeños capitalistas y agricultores precarios).

Centralidad en el predio vs centralidad del territorio

Esta ha constituido una de las críticas básicas al modelo transferencista y la hemos considerado en los capítulos anteriores y se recalcan en Programas y Foros. Como las otras interfaces son contradicciones casi inevitables dada la complejidad de los cambios propuestos que, necesariamente, son procesos en tránsito con etapas intermedias, inacabadas. El hecho de insistir en las mismas no es por mostrar una novedad que en su expresión general no es tal, sino porque no basta su consideración como principio, sino que debe mantenerse siempre presente como modelo guía, entendiendo que los pasos concretos de un programa habitualmente suman acciones recortadas y limitadas. Pero, es un aspecto que fácilmente lo encontramos en las observaciones de la citada encuesta y en acciones de extensionistas en

diversos campos. Muy particularmente cuando se observa el avance de programas especialmente en regiones “extrapampeanas”, la implementación adolece, en algún grado, del conocimiento suficiente de dos cuestiones básicas interconectadas que suelen constituir la agricultura familiar: La pluri-inserción y el condicionamiento de la vida de los productores por relaciones sociales no solo económicas sino familiares, de parentesco y, en general, lazos múltiples comunitarios.

A un nivel más abstracto o general, esto se expresa en el desfazaje entre *visión local vs visión global*. Si bien las intervenciones sobre agricultura familiar suelen referirse a aspectos locales, por otra parte necesario por definición, las soluciones están atravesadas por fuerzas regionales y globales, lo que nos obliga a construir modelos locales simultáneamente contextualizados.

Sujetos políticos vs sujetos/ ejecutores de políticas

Esta interface creemos que tiene un valor fundamental, pues es el complemento político del aspecto cultural. Aclaramos, lo mismo que con las interfaces anteriores, que entendemos que el proceso de extensión de instituciones del Estado con sus interlocutores productores familiares en su entorno territorial general es un proceso que comporta diversas dificultades dado el contexto global adverso y, una cosa es su planteo y otra, su solución. Si bien las soluciones son casi por definición muy parciales, esto obliga a clarificar el punto. En el territorio multiactoral, las múltiples y complejas relaciones entre actores-profesionales de diferente pertenencia institucional, disciplinaria, de programas nacionales y regionales superpuestos con distintos objetivos, no se ponen en juego explícitamente en descripciones y análisis de sus prácticas de intervención. La unilateralidad y la tendencia a la homogeneización de categorías de actores, con la invisibilización desemboca en una simplificación de las relaciones de poder como un vector unidireccional.

El punto tiene que ver con las dificultades de la implementación de la *participación* igualitaria y sus múltiples facetas, dado que habitualmente partimos de una situación claramente desigual, en la que sectores (relativamente) supraordinados vinculados al Estado se articulan con sectores sociales (relativamente) subordinados, en una política (relativamente) alternativa. Dentro de estos condicionamientos, habitualmente las agencias implican reclutamiento de actores beneficiarios para programas estatales a los que se suma el productor - poblador rural (a la agencia del “Otro estatal”). Generalmente, el productor parte de una situación de ser más “sujeto de políticas” que “sujeto político”. Los extensionistas se convierten en “dadores” de oportunidades. Si el diálogo ocurre entre extensionistas y sujetos por ellos representados,

resulta un tipo de intercambio parcial y coyuntural que asimila transformación a transferencia de significados y la agencia del Otro queda parcialmente anulada.

Este “intrínquilis” tiene dos facetas que anclan sea en el profesional, sea en el productor, sea en el ejecutor, sea en sujeto de las políticas.

Cuanto más se enfatice la figura del productor – poblador rural como sujeto de políticas, esto tiende a restar su importancia como sujeto político y, esto, a su vez a desdibujarlo como actor colectivo y reivindicativo. Adecuándolo más bien a una respuesta individual y adaptativa. Un quid de esta cuestión es, precisamente, la articulación en el diálogo de actores colectivos organizados. En ocasiones, en una visión simplificada y con cierto grado de romanticismo lo comunitario pareciera ser reducido al voluntarismo de los agricultores invisibilizando el núcleo de organizaciones y decisiones comunitarias que, variadamente, presenta continuidades y discontinuidades históricas en la experiencia local.

Pareciera que muchos extensionistas vieran la representatividad de los agricultores familiares, en asociaciones y foros, directa y franca a través de la ilusión de transparencia de lo social. Mecanismos de legitimación en la red de poderes que conviven superponiéndose en tensión, en conflicto, en negociación, en cierto grado de integración que no supone armonía, diluye la posibilidad de identificar ciertos problemas y las posibilidades de acción. Cuando el profesional ejerce su agencia como ejecutor de políticas, esto tiende a reducir la agencia a un recorte técnico metodológico, desdibujando el asumirse como sujeto político. El reconocer al otro verdaderamente como sujeto político, obliga al profesional a definirse él mismo en su posicionamiento político. Esto aparece, desde ya, en un sector importante de extensionistas con una visión crítica de la realidad y en varios programas generales y leyes (ver Pcia. de Río Negro 2014), pero no en todos. En principio, el extensionismo crítico plantea (dentro de un panorama social difícil), acompañar al Otro en el reconocimiento de sus derechos ciudadanos, acercando la institución al campo mediante proyectos de extensión elaborados a partir de las “problemáticas de la gente”, pero dentro de un marco de crítica al capitalismo liberal y una visión de políticas alternativas (ver crítica de Coraggio 2008).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Archenti, A., Ringuelet, R. y Salva, MC. (1993). Los procesos de diferenciación de los productores hortícolas de La Plata. En: *Etnia* n° 38/39.
- Archenti, A., Attademo, S., Ringuelet, R. y Sabartos, H. (1995). Identidad, posición de clase y poder: La dimensión étnica en el Gran La Plata. *II Congreso Nacional de Ciencias Políticas*, Mendoza.

- Ratier, H. y Ringuelet, R. 1999. "La antropología y el medio rural en Argentina". En: Giarraca comp. *Estudios Rurales*. Buenos Aires: La Colmena.
- Borón, A. y Pegoraro, J. 1986. "Las luchas sociales en el agro argentino". En: *Historia política de los campesinos latinoamericanos*. México: Siglo XXI.
- Astori, D. 1984 Contraversias sobre el agro latinoamericano. Bs. Aires. CLACSO.
- Bustos Cara, R. y Alvadalejo, C. (2006). Nuevas competencias y mediaciones para la gobernanza de los territorios rurales en Argentina, *IX Seminario Internacional de Investigadores en Globalización y Territorio*. Bahía Blanca: UNS.
- Coraggio, JL (2008). *La economía social como un marco de sentido para las relaciones entre la Universidad y las Comunidades*. Bs. Aires: Ministerio de Educación de la Nación
- Flores, E. 1990. "La teoría económica y la tipología de la reforma agraria". En: Flores comp. *Desarrollo agrícola*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FONAF (2006). Lineamientos generales de políticas públicas orientadas para la agricultuera familiar. Bs. Aires: F.A.A.
- Hang, G. (2008). Formación de recursos humanos en Sistemas agroalimentarios localizados. El papel de las facultades de ciencias agrarias. En: *Sistemas agroalimentarios localizados en Argentina*. Bs. Aires, INTA.
- Huizer, G. (1989). "Las organizaciones campesinas en Latinoamérica". En: Feder comp. *La lucha de clases en el campo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- INTA. (2007). Documento n° 1: Enfoque de desarrollo territorial. INTA. Bs. Aires.
- INTA (2005). Programa Nacional de Investigación y Desarrollo Tecnológico para la Pequeña Agricultura Familiar. Bs. Aires: INTA.
- Long, N. (2007). *Sociología del Desarrollo*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis.
- Manzanal, M. (2005) *Regiones, territorios e institucionalidad del desarrollo rural*. Documento de las Jornadas sobre el desarrollo rural en su perspectivas institucional y territorial. UBA, CEIL CONICET, UNR. Buenos Aires.
- Provincia de Rio Negro (2014). Ley de Agricultura Nacional.
- Ratier, H. y Ringuelet, R. (1999). "La antropología y el medio rural en Argentina". En: Giarraca comp. *Estudios Rurales*. Buenos Aires: La Colmena.
- Ringuelet, R. (2010 a) Los estudios sociales del y para el desarrollo rural. *Mundo Agrario, Revista de estudios Rurales*. Diez años de estudios en Ciencias Sociales (2000-2010), n° 20, 1er sem. 2010. ISSN 1515 3994. scielo / redalcy.

- Ringuelet, R. (2010 b). Reseña del libro de Norman Long "Sociología del desarrollo", *Revista Realidad Económica* n° 255, 2010.
- Ringuelet, R. (2010c) La situación de los productores familiares y el “conflicto del campo”, En: *Antropología y Crisis global*. Olavaria: UNICEN.
- Ringuelet, R. (1991) Etnicidad y clases sociales. En: Hidalgo y Tamagno. *Identidad y etnicidad*. Bs. Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ringuelet, R y Rey, MI. (2010 a) "Perspectivas de desarrollo territorial y situaciones de interfaz social". Actas del *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*. Porto Galinhas, Brasil. Noviembre 2010.
- Ringuelet, Roberto y Rey, M.Inés. (2010b) "El desarrollo rural y la visión de los técnicos". Actas de las *VI Jornadas de Sociología*, Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, diciembre 2010.
- Ringuelet, R. y Rey, María Inés. (2012). El conocimiento social en la enseñanza de las Ciencias Agropecuarias. En. Actas de las *III Congreso Internacional de la Enseñanza de las Cs. Agropecuarias*. La Plata, octubre de 2012.
- Ringuelet y Rey. (2013) Situaciones problemáticas en las interfaces de los procesos de extensión rural. .Ringuelet y Rey. En: E book *La Antropología Social Hoy*. Olavaria: UNICEN. ISBN 978.950.658.332.3. p.167.
- Ringuelet, R. y Rey, M.I. (2014). Delimitación de interfases en las cadenas del desarrollo rural, a través del estudio de situaciones problemáticas en los procesos de extensión. En *Terceras Jornadas de Extensión del Mercosur*. Tandil: UNICEN.
- Ringuelet, R. y Valerio, MI. 2009. “Comunidad, género y posición de clase en el origen del movimiento de Mujeres en Lucha”. En: *Papeles de Trabajo*, n° 15 abril 2009.
- Ringuelet, R. comp. (2012) Dossier: Modalidades y perspectivas del desarrollo territorial rural, En: *Revista Mundo Agrario* n° 24, 1er sem. 2012. ISSN 1515 3994. www.mundoagrario.unlp.edu.ar
- Ringuelet, R. y Rey, M.I. (2014). Delimitación de interfases en las cadenas del desarrollo rural, a través del estudio de situaciones problemáticas en los procesos de extensión. En *Terceras Jornadas de Extensión del Mercosur*. Tandil: UNICEN.
- Schiavone, G. (2010). Describir y prescribir. La tipificación de la agricultura familiar en Argentina. En: *Las agriculturas familiares en el MERCOSUR*. Bs. Aires: CICCUS.
- Thorton, R. y Cimadevilla, G. (2007). *La extensión rural en debate*, Buenos Aires: INTA.

